

soplo de ella: « Hermano, le digeron los que le cuidaban, os vais á morir. — Todavía no ha llegado el momento preciso, contestó el santo, » Poco despues, la compana tocaba á Misa Mayor, y al llegar el punto de la elevacion, cuando los fieles se arrodillan para adorar á Jesús, puesto sobre el altar, el santo, uniéndose á ellos, se inclinó dulcemente y voló al cielo á continuar perpetuamente el acto de adoracion, comenzado en la tierra.

PERORACION. — Ha llegado, hermanos carisimos, el momento de concluir; y sin embargo; ¡ cuántas cosas me quedan todavía para deciros sobre esta interesante materia! Cuando llegue ocasion mas oportuna, podré hablaros de este asunto con mayor extension. Ahora sólo me habia propuesto demostraros, como todos los actos, mandados por la santa virtud de la Religion, están contenidos en el santo sacrificio de la Misa, acto supremo de adoracion, que solamente puede ofrecerse á Dios, como único soberano Dueño del universo... Satisfecho estaré, si he podido inspiraros veneracion y respeto á este augusto sacrificio, de modo que asistais á él con fidelidad, por lo menos todos los domingos y fiestas de obligacion; y si además he logrado, que en adelante oigais la santa Misa con la devocion y fervor debidos. Ofrecer, pues, acá en la tierra, en union de Jesucristo, cuando se inmola por nosotros, nuestros respetos y homenajes al Dios Supremo, es preludiar las soberanas adoraciones y aquellos eternos *hosannas*, á que estamos llamados á cantar en compañía de los santos en el cielo... Así sea.

VIGÉSIMA PRIMERA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

DÉCIMA NONA INSTRUCCION.

VIRTUD DE LA RELIGION. (CONTINUACION). OBLIGACION DE REZAR LA ORACION DE MANANA Y NOCHE: EN QUÉ POSTURA. OTROS EJERCICIOS DE PIEDAD.

TEXTO. — *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* Adorarás á un solo Dios, y á Él solo servirás.

(LUC. IV, 8.)

EXORDIO. — Hermanos míos, os he hablado ya del santo Sacrificio de la Misa, que es, en efecto, el testimonio mas solemne del culto exterior y público que tenemos obligacion de tributar al soberano Dios. Es tambien el acto mas importante que nos prescribe la virtud de la Religion. Hemos dicho tambien que, siendo el sacrificio de la Misa una reproduccion del sacrificio del Calvario, al igual que esté último, glorificaba al Altísimo de la manera mas excelente, aplacaba á Dios de la manera mas eficaz, añadiendo en fin, que por él alcanzábamos las gracias de la manera mas abundante.

Pero ¡ ay! hermanos carisimos, bien podria añadir, que no pocas veces los cristianos renuevan cerca del altar en el tiempo de la Misa la misma escena, que tuvo lugar al pié de la cruz en la cumbre del Calvario... Sin embargo, á pesar del furor de los Judios, halláronse en el día de la Pasion algunas almas piadosas, algunos corazones devotos, que compadecían á nuestro divino Salvador, tomaban parte en sus sufrimientos y asistían con los debidos sentimientos al sacrificio del Calvario... Así tambien, á pesar de la creciente disminucion de la Fé, se encuentran algunos fieles devotos, que conocen la nobleza y grandeza de la víctima que se inmola sobre el altar, y que asisten á la santa Misa con fé, con devocion y recogimiento... Pero, como nos dice el Evangelio,

. *Quæ plangebant et lamentabantur eum.* (LUC. XXIII, 3).

hallábase al pié de la Cruz una turba indiferente, que la curiosidad había traído allá¹. ¿No era aquella turba la imagen de un gran número de cristianos que sólo vienen aquí por un resto de mera costumbre, por curiosidad quizás, los cuales ni ruegan, ni piden nada, ni tampoco logran nada? También en el Calvario hallábanse perseguidores, que hacían burla de nuestro divino Salvador y le insultaban en sus últimos momentos². ¿No es verdad que muchas veces se presentan igualmente al santo sacrificio de la Misa hombres semejantes? Aquí se viene para conversar, para ostentar el lujo de los vestidos y puede ser, por motivos más culpables aun. Muchos asisten con aire y corazón disipado, y hasta con afán de distraer los buenos cristianos que quieren rogar y mantenerse recogidos. Decidme, hermanos carísimos, ¿es eso asistir al santo sacrificio de la Misa? No es eso, por el contrario, provocar á Dios en su templo, é insultar al mismo Jesucristo, cuando está sobre el altar por nuestro amor? Mas tarde ya se nos ofrecerá ocasión de desarrollar con más amplitud estos pensamientos.

PROPOSICION. — Hoy deseo demostraros, como la santa virtud de la Religión no exige solamente de nosotros un culto público, cuyo acto principal es la asistencia á la santa Misa en los Domingos y fiestas de obligación, sino que además exige, que nosotros tributemos en particular adoraciones, respetos y homenajes á Dios, que es á la vez nuestro Criador, nuestro Bienhechor y nuestro soberano Dueño...

DIVISION. — Este culto particular que debemos al Altísimo, consiste *primeramente*: en rezar con fidelidad las oraciones de mañana y noche: en segundo lugar: en cumplir ciertos otros ejercicios de piedad al alcance de todos, y que ningún cristiano debe omitir jamás.

Primera parte. — Ya vendrá, hermanos carísimos, ocasión oportuna, para hablaros más extensamente sobre la oración. En esta mañana me contentaré con decir os pocas palabras sobre tan im-

1. *Stabat populus spectans.* Ibid. v. 35.

2. *Illudebant ei dicentes: Ave rex Judeorum... Principes sacerdotum illudentes cum scribis,* etc. Matth. xxvii, 29 y 41. Véase S. Marcos, xv, 31; S. Lucas, xxiii, 36.

portante asunto... Comencemos, pues, por una comparación... ¿No tenemos todos los miembros absolutamente necesarios é indispensables para ganarnos la vida y cumplir los deberes de nuestro respectivo estado? Estos miembros son nuestros brazos y nuestras manos... Con ellos levantamos los pesos y manejamos los instrumentos de trabajo; gracias á dichos miembros el artesano puede fabricar los artefactos de su oficio, el herrero fraguar el hierro, el bracero remover su azadon, el labrador manejar el arado; en una palabra, nuestras manos cogen lo que nos place, y rechazan lo que nos repugna. ¡Cuán dignos seríamos de lástima, si estuviéramos privados de estos miembros indispensables!... Pues bien, hermanos carísimos, lo que son nuestros miembros al cuerpo, eso es la oración respecto al alma, ella es como su mano... Por medio de la oración atraemos sobre nosotros las gracias de Dios, y rechazamos las tentaciones y demás peligros, que pudieran asaltarnos; por medio de la oración adoramos á Dios y le ofrecemos cada una de nuestras facultades, y con la oración le consagramos cada una de nuestras obras. ¡La oración!... Si aun es más que la mano de nuestra alma, pues ella es su salud, su vida, su respiración: sin la oración el alma no vive.

¡Qué viene pues á ser un hombre, un cristiano que no ruega?... Un sujeto rebelde que levanta su frente altiva, negándose á pagar el tributo que debe á su soberano; es un hijo desnaturalizado, que huye la presencia y el trato del más tierno y amable de los padres; es un ingrato que, habiéndolo recibido todo de Dios y siendo colmado de sus beneficios, quiere gozar de ellos, sin reconocer la mano generosa, que se los ha prodigado... Diré más aun; ese tal es un insensato que, cubierto de crímenes, y siendo objeto de la cólera celeste, no tiembla, ni solicita el perdón; que, lejos de desarmar con súplicas y arrepentimiento el brazo que está pronto á herirle, aparta su vista, ó lo contempla con estúpida indiferencia¹.

Pero ¿en qué ocasiones debemos rogar? Ya lo sabeis, hermanos

1. Confer al abate Larfeuil, *Le Quart de heure pour Dieu*; primer tomo p. 179.

míos, y se os ha repetido mil veces; primeramente es necesario orar por la mañana y por la noche... ¿ Por la mañana? ¿ No es acaso muy justo consagrar á nuestro soberano Dueño las primicias del día que nos concede?... Nosotros somos los hijos de Dios, ¿ qué cosa, pues, hay mas razonable que saludar á ese amoroso Padre, que tenemos en los cielos?... Somos criaturas débiles, puestas bajo la dependencia de un supremo dueño; no tenemos, pues, obligacion rigurosa de comenzar la jornada protestando esta dependencia con nuestras adoraciones y homenajes? S. Juan Crisóstomo reconviene de la manera siguiente al cristiano, que descuida comenzar el día con la plegaria de la mañana: « ¿ Cómo te atreves, le dice, á abrir tus ojos á la luz y contemplar los rayos del sol tú, que no tienes una centella de amor ni la menor sombra de gratitud para con Dios, que hace nacer y brillar ese astro sobre todo el universo?... » ¿ No es, en efecto, una indigna osadía entregarnos al trabajo, sin habernos encomendado antes á Dios que nos dá la fuerza y nos conserva el uso de los brazos para ejecutarlo?...

Nos levantamos de dormir; y el sueño es una imágen misteriosa de la muerte. Para nosotros el sueño podría haber sido la muerte, y si hemos despertado, ha sido por la sola voluntad de Dios. Y siendo, como somos cristianos, ¿ nos levantaremos sin haber antes pensado en el Criador, á la manera de los brutos, de los animales irracionales y como el caballo que relincha, despues de comida la cebada? ¿ Irémos, repito, á comer, á emprender nuestro trabajo, sin haber antes elevado el corazon á Dios, portándonos de una manera semejante al caballo á al buey, que sacan del establo, para uncirlos al arado? Al menos esos animales, como que no tienen un alma racional como nosotros, no son culpables en obrar así; mas nosotros, que hemos sido formados á imágen de Dios, sí, nosotros somos ciertamente unos hijos ingratos, si dejamos de ofrecer cada mañana el obsequio de la oracion á Dios, que está en los cielos.

La oracion de la noche es igualmente para nosotros un riguroso deber. Reflexionad un poco, hermanos carísimos... El día ha llegado á su ocaso, Dios ha bendecido vuestros trabajos y ha preservado de todo accidente tanto á vosotros como á los vuestros. No

penseis neciamente, que sois deudores de esta dicha á vuestra prudencia ó industria. Otros ha habido tan previsores como vosotros, y sin embargo han sido víctimas de accidentes desgraciados, ejecutando los mismos trabajos que vosotros. Éste se ha roto una pierna, aquella mujer ha sido mordida por una víbora, aquel otro ha sido aplastado bajo las ruedas de su carreta; y ¿ qué sé yo? Sin duda no ignorais cuan á menudo se repiten esos accidentes, y es inútil insistir sobre esta verdad. Pues bien, decidme, si teneis aun corazon y un resto de fé, ¿ no comprendéis cuan estricta obligacion tenemos de dar gracias á Dios cada noche, por haber velado sobre nosotros y habernos protegido durante el curso del día?...

Otra consideracion todavía. Ya que el Sabio nos afirma, y esta es la verdad, que el justo mismo cae siete veces al día ¹, ¿ tendríais vosotros la pretension de haber pasado el día, sin haber cometido la menor falta? ¿ No será, pues, una cosa muy buena y útil para vuestra alma no echaros á dormir, sin haber dicho á Dios arrepentidos: *Perdonadnos nuestras culpas*? Finalmente, bien sabéis que á menudo sucede, que hombres y mujeres, jóvenes y viejos van á dormirse, para despertarse en la eternidad; para esos el sueño es la muerte, y van á sacarlos del mismo lugar, en que se durmieran, para extenderlos bien pronto en un ataúd! ¿ No puede tambien sobreveniros la misma desgracia?... Sed, pues, fieles en hacer vuestra oracion de la noche y encomendad vuestra alma á Dios, antes de entregaros al sueño, suplicándole que os perdone vuestros pecados y os preserve de una muerte súbita...

Segunda parte. — Ahora debería, hermanos míos, hablaros de ciertos otros ejercicios de piedad, á los cuales debemos mostrarnos fieles, si tenemos realmente la virtud de la religion. Pero antes quiero añadir algunas palabras sobre esta obligacion, por desgracia tan olvidada en nuestros días, de la plegaria de la mañana y de la noche... ¿ Qué postura, pues, debemos tomar, para ofrecer á Dios estos homenajes, que le debemos al comienzo y fin del día? Voy á contestar á esta pregunta sin exageracion y sin debilidad ó

1. Prov. xxiv, 16.

atenuaciones... Sin un jóven militar, que se ve precisado á dormir en el cuartel en medio de numerosos compañeros, que están muy lejos de ser fervorosos cristianos, me hiciera esta pregunta: ¿Debo yo arrodillarme, para rezar mi oracion de mañana y noche? A éste le respondería: «No, amigo mío, el medio, en que os hallais, os dispensa de esta ceremonia exterior, y no estais obligado á exponeros á las zumbas de vuestros camaradas, ni darles quizás ocasion de proferir blasfemias... Haced la señal de la Cruz sobre el corazón, y decid sencillamente vuestras oraciones sin hacerlos notar...»

Mas si alguno, de los que me escuchais, si un padre ó una madre me hiciera la misma pregunta, entonces mi respuesta seria muy diferente y les diria: «Cuando os encontrais en vuestra casa, poneos de rodillas para rezar la plegaria de la mañana y noche; de esta manera la haréis mejor y daréis buen ejemplo á vuestros hijos y á los que os rodean...» Siempre he observado, y estoy seguro que no me desmentirá vuestra experiencia, que las personas que no se arrodillan, para rezar sus oraciones, acaban bien pronto por dejarlas del todo. Además, permitidme que os lo diga, nosotros tenemos necesidad de esta posicion humilde y recogida, para que Dios nos escuche mas favorablemente... Yo no creo á los que dicen: «Yo hago mi oracion, pero no me arrodillo». A mi juicio esos tales no oran, ó á lo menos oran mal y sobre todo no se pasará mucho, sin que abandonen la oracion...

Una historia á este propósito... Una vez dos niños, un hermano y su hermana, tenían necesidad de pedir un favor á un príncipe poderoso... Tratábase, segun creo, de alcanzar el perdon de una traicion que habian cometido, y de recobrar bienes inmensos que habia la justicia confiscado. Ambos se presentan ante el monarca, y la hermana, por ser la mayor y mas capaz, leyó la demanda de la gracia. Mientras ella leía la solicitud, su hermano asociábase á ella, guardando una compostura modesta y recogida; bien se dejaba comprender, que los dos deseaban vivamente lograr el favor que solicitaban. Mas si el hermano hubiese permanecido distraido, descortés, mientras la hermana expresaba sus deseos al príncipe, estad seguros, que su solicitud no habria sido despachada.. ¿A qué

esta historia, ó si os place, esta parábola? Para hacerlos entender, que nuestra alma y nuestro cuerpo son como la hermana y el hermano, que acabo de referiros, y ambos á dos tienen un interés capital en pedir á Dios Soberano la herencia del cielo y darle satisfaccion por los pecados, con que han ultrajado su majestad ex-celsa. Para que, pues, sean escuchadas nuestras plegarias y acogidas favorablemente nuestras peticiones, es preciso que, mientras el alma se presenta en actitud suplicante, guarde el cuerpo que es como el hermano, una postura humilde y recogida.

Dos palabras solamente sobre los demás ejercicios de piedad, que la virtud de la Religion nos impone, y á los cuales jamás debería faltar ningun buen cristiano, á lo menos voluntariamente. Trátase de un simple detalle de nuestra vida, pero que no deja de tener su importancia; me refiero á la bendicion que debe preceder y á la accion de gracias, que debe seguir á la comida; lo que constituye un género de oracion. ¿Qué pena sentimos, cuando, al preparar los niños para la primera comunión, hallamos algunos de diez y mas años, que no han sabido jamás lo que es la bendicion de la mesa y la accion de gracias! ¿Pobres niños y aun mas dignos de lástima sus padres! ¿con qué vosotros ignorais lo que no ignoraban los mismos paganos, esto es, que el alimento que tomamos, es un beneficio de Dios, y que es menester bendecirle antes por ello!... Y en verdad, la historia nos cuenta que los paganos, antes de ponerse á comer, ofrecian á sus dioses, bajo el nombre de libaciones, las primicias del alimento que iban á tomar y de la bebida, de que iban á hacer uso...

Más, á qué citar los paganos? ¿No nos dice el Evangelio, que Nuestro Señor Jesucristo, antes de comer, bendecía el alimento que iba á tomar, y que además daba gracias á su Padre? ¿No sabemos tambien, que tal era la costumbre de los primitivos cristianos, y que esta pia costumbre ha sido guardada fielmente en esas familias buenas y religiosas, que conservan las tradiciones de la fé y de la piedad?... ¿Cómo! un animal destituido de razon, un perro os lamerá la mano, al ofrecerle un hueso, y con sus miradas os manifestará en cierto modo su agradecimiento, despues de ha-

ber devorado el hueso ; ¿ y nosotros, con ser cristianos é hijos de Dios, nos sentarémós á la mesa y nos regalarémós con hartura, sin pensar en bendecir antes y dar gracias, despues de nuestra comida, al Padre celestial, que nos dá nuestro pan de cada día ? ; qué olvido, qué ingratitud !...

PERORACION. — Hermanos carísimos, si nosotros quisiéramos mostrarnos generosos hacia Dios, como Él lo es en exceso con nosotros, la virtud de la Religion nos inclinara todavía á ofrecerle nuestras principales acciones y á elevarle á menudo nuestro corazón en medio de nuestros trabajos... Pero no pretendo insistir sobre este punto... Solamente diré, que es cosa triste y la mentable, que la buena y santa costumbre de rezar en comun la plegaria de la mañana y noche se haya perdido en las familias. ! Qué espectáculo tan consolador ofrecian antes las casas cristianas !.. ! Contemplad con la memoria á esos venerables antepasados, á ese padre, á esa madre, á esos hijos y nietos, arrodillados todos al pié de un crucifijo, ennegrecido por el tiempo y por el humo, y rezando juntos las oraciones de la mañana y de la noche ! ; Como sonreían los ángeles custodios ! ; Las voces de los ancianos mezcladas con las voces de los hijos, de los nietos y de todos subían, formando un concierto armonioso, hacia el trono del Altísimo ! Si un miembro de la familia caía enfermo, rezábase por él una súplica, pidiendo su curacion... Si un hijo de la casa, llamado por la suerte á la milicia, servía á la patria allá en tierras lejanas, le encomendaban á Dios y á la santísima Virgen Maria. Pedían para él una salud próspera y un pronto regreso al seno de la familia, de la que era siempre el hijo querido. Y vosotros, padres difuntos, almas del purgatorio, tampoco erais olvidados. Cada mañana, cada noche se os consagraba un recuerdo, y siempre estabais presentes en medio del hogar. ; Oh dulce virtud de la Religion, entonces vivias, imperabas en los corazones, y santificabas todas las afecciones de la familia ! ; Ah ! Quiera Dios, que esta santa Religion renazca en nuestras almas y familias, que haga germinar y crecer en ellas esos dulces, esos nobles y generosos sentimientos, que la misma inspiraba en aquellos dichosos tiempos, en que la Fé era mas viva y respetada... Así sea...

VIGÉSIMA SEGUNDA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

VIGÉSIMA INSTRUCCION

VIRTUD DE LA RELIGION : CULTO DE HIPERDULIA DEBIDO A LA VIRGEN SANTISIMA : 1º PORQUE ELLA ES LA MAS PERFECTA DE LAS CRIATURAS : 2º PORQUE ES ELLA LA MADRE DE DIOS.

TEXTO. — *Dominum Deum tuum adorabis et illi soli servies.* Adorarás al Señor tu Dios, y á El solo servirás.

(Luc. IV, 8.)

EXORDIO. — Hermanos míos, al explicaros los deberes que nos impone la virtud de la Religion y los actos que la misma no prescribe, tal vez bubiera debido haceros una instruccion especial sobre la Humanidad santísima de nuestro adorable Salvador... Pero me pareció, que ciertas explicaciones hechas en las instrucciones precedentes debian bastar á vuestra inteligencia y piedad. La union de la naturaleza divina y humana es de tal manera íntima, en nuestro Señor Jesucristo, que estas dos naturalezas subsisten, como sabeis, en una sola y misma persona ; y cuando nosotros ofrecemos nuestras adoraciones al hijo de la Virgen Maria, siempre es Dios supremo, el Soberano Dueño del universo, la segunda persona de la Trinidad santísima, unida inseparablemente al Padre y al Espíritu Santo, á quien adoramos... Pastores de Belén, sin duda no fuisteis vosotros idólatras, cuando os prosternasteis á los piés de ese niño envuelto en pañales ; pues era El el Dueño del cielo, y el que os envió los Angeles que os avisaron... Y vosotros reyes del Oriente, no temais depositar ante el pesebre, junto con vuestras coronas y presentes, vuestros mas humildes homenajes ; pues os hallais realmente á los piés del Todopoderoso, quien